

1-365 Cop (1)  
Autores y libros. "Fulls de la vida", por Santiago Rusiñol.  
("La Época", Madrid, 25 marzo 1899).

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" I

AUTORES Y LIBROS

## FULLS DE LA VIDA Por Santiago Rusiñol.

Una nueva obra de Santiago Rusiñol, nuestro sugestivo romántico catalán. Sí, es el calificativo que, una vez puestos á poner motes, mejor le cuadra; ese viejo y glorioso término que nos trasporta más allá de lo que él llama el sueño negro del naturalismo.

El término *modernismo* me resulta en realidad tan vago, tan indeterminado é indeciso como el de *romanticismo* lo era. Es, más que una escuela, una tendencia, y aún mejor una tonalidad. Es el mismo viejo romanticismo que renace, como renacerá el naturalismo más tarde. En rigor nunca desaparecen.

Declaro que aún no me he enterado bien de lo que sea específicamente eso de modernismo; no he conseguido comprenderlo. Ni á lograrlo me ayuda el *somni rosa* de Rusiñol, con su hermosísima crisantema, cada una de cuyas hojas tiene diferente tono, perfume distinto y todas juntas olor de incienso; aquella flor á que acaricia una bandada de mariposas que forman humareda de transparencia suavísima con el pintado polvillo de sus delicadas alas.

Esas mariposas pintan con sus alas un cuadro sin fondo ni figuras de una armonía que deleita al alma. Y sueña el autor que firman: *modernista*. (Otras veces son abispas las que así firman.) Y yo recordé leyendo esto lo que decía Juan Pablo de pintar eter con eter en el eter.

El naturalismo, al cabo, lo comprendo. Ha sido en gran parte un arte deducido, aposteriorístico, algo como un recubrir osarios científicos con relleno retórico—que puede ser muy bueno—y acomodar luego á tal obra la piel arrancada del cadáver, cuya vida se trata de reproducir. Y es natural que después de haber abusado del dibujo que aísla y concreta los objetos, se trate de reproducir el misterioso nimbo que los enlaza en el seno de la bruma, que hartos de lo definido, busquemos lo indefinido y vago, lo que se nos escapa á peso, número y medida.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

1.5.2. / 206

Pero dejándonos de teorías para ir á la práctica, al recorrer las *Hojas de la vida*, de Rusiñol, es el caso que podrá no averiguarse qué sea el modernismo, pero sí que se nos revela el alma del poeta—poeta en prosa—melancólica y tierna, de dulcísima monotonía.

Me encanta lo monótono, lo que brota de la fuente del arte (v. *La font de l'art*), lo que no es «el asunto, ni la escena, ni la trascendencia de la obra,» sino lo que se aprecia, como lo apreciaba Carrés, por el tacto. Por el tacto espiritual. No es la complicación artística y tal vez artificiosa de distintas y numerosas notas, sino «dos solas notas armónicas,» ó una sola, limpia, pura, llena, como el son de una campana que se disipa y muere adelgazándose en el derretimiento de la luz crepuscular.

Las *hojas* que componen el último libro de Rusiñol son en general simplicísimas y hasta monótonas; su encanto está en su fragancia y en la pureza de su color sencillo.

Hay en ellas rápidas impresiones de la vida, de cuya lectura nos queda un dejo de tristeza pensativa. Véanse *Dogüines*, una madre que coloca tras la vidriera del nicho de su difunto hijo los juguetes de éste; *El darrer viatge*, inspirado por un tren de repatriados en que iba «un muerto que entraba en un túnel que daba á la otra vida, una vida sin guerras, donde reina la paz eterna,» *Visió rápida*, *Passant*, etc. Hay trabajos de mayor extensión y contenido real, como *Llibertat*, la historia de un pobre negro emancipado que viene á España con su amo; *El pati blau*, *Una juerga triste*, hermoso recuerdo de Granada, y otros.

En *El benaventurat* nos presenta al *beneit del poble*, al bobo del pueblo, al pobre imbecil, planta sin flor que creció abandonada; al pobre imbecil que no cesó de reír. «¡Bienaventurados los que lloran, pero bienaventurados también los que se ríen sin saber por qué se ríen!» Dióse el pobre á la bebida, sin dejar de reír sino cuando soñaba, y «sólo el llanto de la muerte rehará aquella almita.» Esta inspirada hoja me recuerda, en parte, á algunos de los más humanos poemas del estupendo Wordsworth, de aquel poeta por excelencia, poeta cuya poesía era esencialmente poética, poética más que pictórica, escultural, musical ó literaria como la de otros, por lo demás, excelentes poetas; de aquel tranquilo *lakista* que exploró, como pocos, el fondo común humano, lo que nos hace á todos her-



manos, la raíz de la caridad. ¡Qué bálsamo el de poetas tales después de haber leído á todos esos nietzchenianos que brotan como al sol los hongos después de una lluvia!

En *La casa de París*, una de las hojas más sentidas en que Rusiñol nos cuenta la cofradía que en París formaron con él Utrillo, Clararsó y Canudas, nos refiere la muerte de este último, «bohemia declarado, grabador de planchas finas, pintor después y burilador, de pecho enfermo y corazón grande» y nos la refiere con rasgos de inolvidable y sobrio sentimiento. Es acaso lo más profundamente humano que tiene el libro. Al concluir ese relato de serena y reposada tristeza, cuando enterrado el pobre grabador de corazón grande en su querida tierra catalana, en el país del buen sol, junto al mar de Sitges, al pie de los lozanos cipreses y bajo una cruz de hierro que tenían en el jardín de su rincón de Montmartre, se dice el lector en silencio: ¡Pobre Canudas! Y en esta exclamación trivialísima, trivial como toda la que arranca un espontáneo sobresalto del sentir, en esa exclamación se encierra toda la impresión que nos deja esa corona de siemprevivas ideales, y no de porcelana ni de papel-

cuero, que su amigo Rusiñol ha colgado á su memoria. ¡Pobre Canudas!

Quisiera, para acabar este artículo, poder hacer un retrato del autor de *Folls de la vida*; pero ¿qué retrato mejor que el que hecho de su misma mano nos da en *La casa de París*? Mejor es traducirlo, aunque al hacerlo pierda en fuerza y se borre un juego de palabras (*rovell*, orín del hierro y yema de huevo):

«*Mossen Jaume Rusiñol*, pintor bien provisto de cebollas, con cara de manzanas agrias. Largo de cuerpo y de esquinada osamenta, prefiere la roña de los hierros á la yema del huevo (*estima'l rovell dels ferros molt més que'l rovell de l'ou*). Es hombre que se perece por las cosas de otros tiempos y por las cosas que vendrán. Muchos le llaman modernista, y al decirse lo riñen; pero él tiene mucha paciencia, va á la suya, y no escucha á los que le motejan, sino tan sólo á los que le aconsejan, porque dice que las buenas palabras hacen comer á los enfermos, y la salud es muy amable.»

MIGUEL DE UNAMUNO.

